





Bajo la superficie de lo cotidiano

Ahora que el vitalicio -otroza de capa, gafas y poder absoluto cual Darth Vader en la Guerra de las Galaxias- se pasea como león de circo pobre bajo la mirada atenta de los oficiales británicos y que el tinglado de la transición se derrumbó como un castillo de naipes ante el soplo justiciero de Garzón, resulta refrescante leer los artículos de Pedro Lemebel compilados en el libro *"De perlas y cicatrices"* que acaba de lanzar editorial LOM.

Se trata de más de setenta crónicas que descuevan, gargajan y desenmascaran a conspicuos personajes de nuestra vida pública provinciana. Nada escapa a la mirada del cronista: la muchacha violada en la pobla, las pilochas del Bim Bam Bum, la feria libre, los quiltros, los temblores, el río Mapocho, el informe Rettig, Los Prisioneros. Pero por sobre todo, el autor se encarga de meter el dedo a fondo en la herida abierta que es Chile, escarba en el pus y saca a la luz social a los compinches del horror que siguen guardando silencio en nombre de la democracia.

Crónica tras crónica los esperpentos van cruzando por el escenario sórdido como personajes de pesadilla: el cura fascista del canal católico que con sus manos de anciana pirula bordó noche a noche la telaraña encubridora de la tortura; la Mimí Barrenechea que sufrió un patatuz cuando reencontró -colgado del cogote de una embajadora- el zafiro que había cambiado por una piocha de lata a fines del 73; el cantante popular de la "lágrima en la garganta" que para poder seguir en la farándula televisiva debió someterse a la hipnosis y morder con ganas una cebolla como si fuera una manzana en un acto de vejación grotesco que tuvo mucho de tortura pública; la Miss Universo con su figura de rucia aguachenta que apenas puso un pie en nuestro país corrió a fotografiarse con el dictador; el alcalde buenito del barrio alto con su cara de *boy scout* de plaza que le pone alarma a la flores de los jardines, ese "hombre tan bueno que perfectamente podría ser el próximo Papa, como declaró un general que lo conocía desde niño".

La fanfarria del circo neoliberal y la falsa alegría del milagro económico hicieron que esta garrapata de país se transformara de la noche a la mañana en un fino *poodle* a punta de cosméticos, y la fanfarronería del caso llegó a su apogeo cuando muchos quisieron convertir a Chile en un país de récords. Ya no bastaba con construir un mall en cada esquina. Había que ingresar en gloria y majestad al Libro de Guinness y competir contra nadie en la pantagruélica ridiculez de lo excesivo: era preciso cocinar un *hot-dog* de veinte kilómetros de longitud, preparar un curanto en la piscina municipal con toneladas de machas, erizos y puerres; hornear una empanada digna de Gulliver y así hasta llegar a la explosión del gigantesco pedo que cruzara de mar a cordillera como un gran cañonazo que coronara el éxito del mal gusto y la estupidez cuantitativa.

En la otra cara del país-medalla, Lemebel nos muestra la galería de muertos -de nuestros muertos que hoy están más vivos que nunca- víctimas de la crueldad que encabezó el abuelito macabro. Como en un cuadro de infierno becaghuelliano Pedro relata cómo aparecieron en el basural de la pobla, entre los papeles con caca y las latas oxidadas, los cadáveres de los "tíos, padres, mecánicos, electricistas, obreros sindicales, detenidos en la fábrica", con sus cuerpos ultrajados por las bayonetas, lejos, muy lejos de sus familiares. Y también nos cuenta la conmovedora historia de esa pequeña mujer chilena detenida desaparecida, la más chica de todas, ese puñadito de carne y pétalos inocentes que se llamaba Claudia Victoria Poblete Hlaczik, que tenía apenas ocho meses cuando los milicos cumpliendo las estrictas órdenes de la Operación Cóndor que dirigía el augusto general derribaron a patadas la puerta de su hogar en Buenos Aires y tras aplastar con sus bototos los libros de cuentos se llevaron a golpes de culata a su lisiado padre chileno y a su madre argentina hacia las bóvedas de la muerte desde donde nunca regresaron. Sabemos que la abuela chilena se incorporó al grupo de las Abuelas de Plaza de Mayo; "solamente ella porque la abuela argentina

sacumbió en la inútil espera. Se suicidó en Buenos Aires, justo a los tres años de ocurrido el hecho".

Pedro Lemebel es el cronista de nuestra época que cumple con el viejo oficio de anotar punto por punto los sucesos de nuestra historia diaria en un país que se vanagloria de perder la memoria y que se obstina en borrar los desperdicios bajo la tersa superficie de lo cotidiano ●

CARLOS F. REYES

Bajo la superficie de lo cotidiano [artículo] Carlos F. Reyes.

AUTORÍA

Reyes, Carlos F.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Bajo la superficie de lo cotidiano [artículo] Carlos F. Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile